

# **A VIVA VOZ**

entrevistas a escritores puertorriqueños

Carmen Dolores Hernández

Hernández, Carmen Dolores  
A viva voz (entrevistas a escritores puertorriqueños)  
Carmen Dolores Hernández — San Juan:  
Grupo Editorial Norma, 2007.  
1. Entrevistas 2. Hernández, Carmen Dolores, 1942-  
448 pp.; 16.51 X 22.86 cm.  
ISBN: 9789580499756  
C.C. 38068

Tipografía: *duke, engaged, haettenschweiler*

© Carmen Dolores Hernández, 2007  
© de esta edición Editorial Norma S.A., 2007  
Apartado aéreo 53550, Bogotá  
Derechos reservados para todo el mundo

Dirección editorial: Gizelle F. Borrero  
Copiedición: Gisel Laracuenta Lugo / Ana Guzmán Seijo  
Concepto de portada: Ángel "Cuquito" Peña  
Diseño y armada electrónica: Milagros Reyes  
Fotografías: Propiedad archivo de *El Nuevo Día* / © *El Nuevo Día* 2007.  
Todos los derechos de autor reservados.

Impreso por Nomos Impresores  
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Impresión: febrero, 2008

ISBN: 9789580499756  
C.C. 38068

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier  
medio sin permiso escrito de la Editorial.

ISBN: 9789580499756

**“El campo intelectual  
es un campo de batalla”.**

**Arcadio Díaz**

*Quiñones*

Arcadio Díaz Quiñones (1940) es el ensayista y crítico contemporáneo que más influencia ha tenido, no sólo sobre la manera de estudiar nuestra literatura sino sobre el pensamiento del País. Como Betances y Hostos en el siglo 19 y en el 20, como José Luis González –quien pasó gran parte de su vida en Checoslovaquia y luego en México, país del que se hizo ciudadano– esa influencia la ha ejercido durante muchos años desde el exterior, en su caso desde la Universidad de Princeton, donde ha sido profesor durante los últimos veinticinco años.

El primer libro de Arcadio Díaz Quiñones fue, precisamente, una larga entrevista con José Luis González;<sup>1</sup> una conversación en la que ambos recorrieron la literatura y la cultura puertorriqueñas a la luz de su trayectoria histórica, política y social. La amplitud en la manera de abordar los tópicos convierte ese libro en un tratado –no por breve menos abarcador– sobre lo que es Puerto Rico y por qué lo es.

Carmen Dolores Hernández

En la bibliografía del estudioso cada libro surge, en cierto sentido, del anterior: indaga sobre lo que en aquél quedó señalado o establece contraposiciones con ello. En *El almuerzo en la hierba*, su segundo libro, el ensayista enfoca sobre tres escritores fundamentales del siglo XX puertorriqueño: Luis Llorens Torres, Luis Palés Matos y René Marqués. Este estudio; sin embargo, rebasa por mucho los lineamientos de la crítica literaria puertorriqueña hasta ese momento, crítica que se centraba en las condiciones exclusivamente literarias de la obra de un escritor. Aquí el estudioso toma en cuenta el lugar que cada uno de esos escritores se labró en el panorama cultural puertorriqueño —algo explorado inicialmente en su primer libro— y cómo cada uno expresó cierto modo de ser del País a la vez que instalaba, simbólicamente, una anhelada utopía.

Los próximos dos libros constituyen no sólo una secuencia respecto al primero —en cuanto a la manera de “leer” la escritura literaria— sino que también dialogan entre sí. *La memoria integradora* explora la manera en que la literatura le puede dar sentido y cohesión a la idea nacional, supuesto ejemplificado a través de la obra del escritor e intelectual cubano Cintio Vitier. *La memoria rota*, por el contrario, presenta las fracturas de lo nacional puertorriqueño. Indaga cómo ese imaginario nacional, construido artificialmente en los años 40 y 50, un momento de ruptura socio-política con la situación anterior, se basa en exclusiones, omisiones y olvidos más o menos voluntarios. Se traza aquí el curso de una voluntad que soslaya y desconoce las prácticas de la memoria social que no le convienen para su propósito “modernizador”. Es, efectivamente, una memoria desintegradora.

En *El arte de bregar* analiza la práctica común de “la brega” —que en nuestro país se refiere a las transacciones continuas entre dos polos de poder, de prestigio o de necesidad— y articula, a través del análisis, una manera de pensar el País y de salvar la dispersión que se había prefigurado en el último ensayo del libro precedente. Allí se había referido a la necesidad de “Descolonizar nuestra imaginación... sin renunciar a este revolú que nos identifica... pensar en la nación sin caer en nuevas exclusiones o en imposibles purezas...”<sup>2</sup>

Arcadio Díaz Quiñones ilumina en sus libros el panorama de los engaños y las utopías, las historias, las realidades y las ilusiones entre las que se ha debatido siempre el puertorriqueño. Esta entrevista es fruto de varias conversaciones sostenidas en diversas ocasiones a lo largo de los últimos diez años. ■

**CDH:** Cuéntame de tu familia de origen, de tu niñez, de tu trasfondo personal.

**ADQ:** Vengo de una familia de origen campesino que emigró a Río Piedras primero y después a Nueva York. Por parte de madre, son de Caguas y por parte de padre, de Gurabo. La familia era muy nutrida: quince tíos por parte de padre y doce por parte de madre, además de docenas de primos, algunos de los cuales eran como mis hermanos. Yo me crié en Río Piedras. Mi familia trasladó de cierta manera el campo a la ciudad, aunque como ocurre con frecuencia, los pequeños campesinos siempre eran también comerciantes y viajaban por los pueblos cercanos. No creo que en su caso la barrera entre campo y cultura urbana fuera tan nítida. Pero sus celebraciones y los rituales y sus formas de sociabilidad tenían mucho de mundo campesino. Recuerdo las fiestas y las Navidades, cuando volvíamos al campo de Gurabo, y recuerdo que en el pueblo casi todos tenían gallos de pelea en su casa. En Río Piedras los hombres trabajaban casi todos en el pequeño comercio o en la construcción, y las mujeres en la industria de la aguja. Las décimas y los trovadores fueron mi iniciación en la literatura oral, no los libros. En mi casa no los había. Con las décimas improvisadas hay que tener el oído muy atento. Por eso después, y gracias a Alma<sup>3</sup> cuando ella bailaba en España con la compañía de Antonio, me apasionó la poderosa tradición del cante flamenco y sus coplas, hasta el día de hoy. La poesía hecha voz.

Pienso que mi familia de algún modo representa el drama puertorriqueño. Muchos emigraron y la familia se dispersó, y al hacerlo desplegaron gran energía, pero también tuvieron momentos trágicos, incluyendo algunos suicidios. Me pasé la niñez oyendo hablar de los tíos y las tías que se iban, y leyendo cartas de los que sí escribían. Recuerdo todavía, vivamente, muchos viajes al aeropuerto a despedir gente en medio de llantos interminables. Tengo parientes en el Bronx, en Orlando, en Los Ángeles y en muchos otros lugares para mí ya desconocidos.

**CDH:** Pero tus padres no pensaron en emigrar.

**ADQ:** No, se quedaron en la Isla, y por eso me crié aquí. Fueron pocos los que no emigraron. Por ambos lados también, eran partidarios de Luis Muñoz Marín, y muy muñocistas. Siguieron siéndolo hasta el final, aun en Nueva York. Mi abuelo paterno, por ejemplo, no permitía que ninguno de nosotros mencionara que simpatizaba o militaba en otro partido político, lo que ocurrió más de una vez. Yo me hice independentista en la Universidad y no me atrevía a decírselo. No lo hubiera visto con buenos ojos. Respetaban a Albizu Campos y a los líderes del Partido

Independentista, pero en el fondo la palabra 'república' estaba llena para ellos de oscuros presagios, y no digamos la 'revolución'. Al mismo tiempo, era una familia tolerante en muchas otras cosas, como la afiliación religiosa o la sexualidad. Como tantos otros puertorriqueños, en aquellos años no frecuentaban mucho las iglesias, y podían presentarse simultáneamente como católicos, protestantes o espiritistas. A todos mis tíos, ya en la ciudad, les atraía la masonería. Yo estudié, por ejemplo, lo que quise estudiar. Eran muy 'materialistas': lo importante para ellos era que consiguiera un trabajo y la regularidad de un sueldo. No había presiones de que tenía que ser esto o lo otro.

**"Dondequiera que hay puertorriqueños y dominicanos hay gallos, y hay trovadores, y hay veneración por la palabra cantada".**

CDH: ¿Cómo influyó tu experiencia familiar en tu perspectiva de la cultura puertorriqueña?

ADQ: Cuestión compleja. Digamos que ha sido un punto de referencia constante y quizás un modo de leer. Me ha hecho, por ejemplo, muy consciente de que hay una cultura de tradición muy compleja y muy rica, hecha de retazos y de nostalgias, cuyo imaginario se conecta con culturas muy antiguas en el Caribe y América Latina. También un lenguaje, un conocimiento del campo, una manera de relacionarse con la política que algunos intelectuales miran con desprecio, o con impulso idealizador. Detrás de los libros que leo está esa tradición no letrada, aunque también el cine, la radio y la educación en las escuelas puertorriqueñas. Diría que muchas de las cosas que he escrito tienen que ver, si no directamente con ese mundo, sí con esa formación. Todos los

domingos tenía que ir con mi padre a las galleras, así que yo sabía algo de gallos. Es un saber muy interesante, con su propio lenguaje y muchos aspectos técnicos; digamos, un sentido del logro y del fracaso, y que se rige por códigos masculinos, no todos muy recomendables. Quizás esas experiencias están de forma desplazada en los temas que me ha interesado estudiar. Siento gran admiración por escritores como Pasolini, José Luis González o Pedro Juan Soto, Rulfo o Pedro Pietri, que sí vieron el precio que se paga por la modernización, pero sin idealizar el mundo campesino.

**CDH:** Has vivido, entonces, en mundos muy diversos.

**ADQ:** Según lo que uno entienda por 'mundo'. Es la experiencia de muchos caribeños, ¿no? Para que veas los saltos que ha dado Puerto Rico, mi papá me contaba que él de joven bajaba a caballo desde la altura de Gurabo a vender en Río Piedras; salía desde las dos o tres de la mañana. Muchos de mis tíos trabajaban en la Plaza del Mercado vendiendo frutos menores. A veces yo invitaba a mi padre a ir conmigo al Viejo San Juan y él invariablemente me contestaba 'Ay, no; llévame al campo'. No le gustaba ir al Viejo San Juan porque recordaba cuando tenía que ir hasta allá a vender y tenía que empezar a bajar a caballo unas cinco horas antes. Pero sí mantuvo hasta el final la pasión por la agricultura y los caballos.

**CDH:** ¿Y tú, montabas a caballo también?

**ADQ:** No, yo me había criado en la ciudad. Pero en aquel mundo rural todos montaban a caballo y las mujeres todas sabían cultivar la tierra. Ellas trabajaban en la tierra con los hombres y, a su vez, los hombres eran todos buenos cocineros... yo no, lamentablemente. Había una vida compartida en la que la mujer tenía un lugar muy importante y mucha autoridad, a pesar de los privilegios evidentes de que gozaban los hombres. Por ejemplo, mis abuelos siempre vivieron juntos, pero nunca se casaron. Entre sí se trataban de 'usted', y mis padres no los tuteaban tampoco. Eso cambió en la ciudad, con mi generación. Era otro código, en el que la amistad, por cierto, era un valor fundamental, con sus reglas de cortesía y hospitalidad.

**CDH:** ¿Cómo fue la relación de tu familia con el mundo del azúcar, que entonces predominaba?

**ADQ:** El gran temor de mi familia era el azúcar, las corporaciones azucareras. Creo que eso también influyó mucho en lo que he escrito después sobre Pedreira y sobre el muñocismo. Mis parientes no querían ser peones azucareros. Era un

mundo distinto del que presenta Sidney Mintz en su gran libro *Worker in the Cane*. El drama de mi familia, que es el drama de muchos puertorriqueños, es que en efecto no cayeron bajo las garras de las corporaciones azucareras, pero tampoco se pudieron insertar fácilmente en la industrialización. No les quedó más remedio que emigrar. Apoyaron la política de Muñoz Marín contra el azúcar porque veían que realmente explotaban al País. Pero no encontraron lugar en el llamado proyecto industrial que, a su vez, estaba basado en que mucha gente se fuera.

**“...soy muy creyente en la educación pública financiada por el Estado”.**

CDH: ¿Qué instrumentos utilizó el gobierno en aquel momento para que se fuera la gente?

ADQ: Me acuerdo bien. Las emigraciones puertorriqueñas de los años cuarenta y cincuenta del siglo 20 fueron el resultado de una política del gobierno muñocista. Una política oficial y agresiva: se montaron oficinas, se firmaron contratos con fincas en New Jersey y en Connecticut para que los trabajadores fueran a recoger las cosechas. Muñoz Marín aparecía en la prensa iniciando conversaciones con la Pan American Airways para que la gente saliera por avión. Se anunciaba como si fuera un gran triunfo: la primera emigración masiva por avión. En efecto, lo lograron. Se consideraba entonces un gran proyecto progresista.

CDH: Hubo también un proyecto para que los puertorriqueños emigraran a Brasil.

ADQ: Creo que sí, y a Venezuela. La emigración siempre fue *a top priority* del Partido Popular, sobre todo en la posguerra. El proyecto era doble: industrializar al País y fomentar la emigración. Creo que lo hacían con buenas



intenciones. Al igual que la esterilización de las mujeres, que se consideraba un signo de la racionalidad moderna: 'podemos controlar la natalidad, esterilizar a las mujeres, fomentar la emigración y, entonces, cuando baje la población, vamos a tener un gran país', pensaban. Era un destino que había que cumplir, el sometimiento a lo que se llama 'progreso'. En los discursos de Jaime Benítez, entonces Rector de la Universidad, también se celebraba la emigración. Se hablaba mucho de la capacidad de convivencia de los puertorriqueños. Era una política utópica por una parte y, por otra parte, muy irresponsable porque lanzaba a los puertorriqueños a esas ciudades extrañas a que sobreviviera el más fuerte. Ha pasado tanto tiempo que ya es una experiencia histórica en la que, en efecto, ha habido cosas extraordinarias, pero se olvida que también había y hay grandes miserias y tragedias.

**CDH:** Pero la era muñocista también trajo ventajas para los que se quedaron en la Isla; la posibilidad de educarse, la construcción de una gran universidad, entre otras cosas.

**ADQ:** Efectivamente. Mi vida académica e intelectual se inserta en el contexto de las transformaciones llevadas a cabo por el populismo muñocista, porque mi hermana y yo fuimos los primeros de la familia que terminamos la escuela secundaria y pasamos a la Universidad. Entré de dieciséis años y ése fue el gran cambio para mí. Mis padres tenían una fe muy grande en la educación. Tenían la confianza absoluta de que el gobierno del Partido Popular iba a garantizar la educación, como en efecto fue durante muchos años. Por eso yo soy muy creyente en la educación pública financiada por el Estado, y veo con pena cómo han vuelto a dominar los colegios privados, reforzando en muchos casos las viejas diferencias sociales.

**CDH:** ¿Dónde estudiaste la primaria y la secundaria?

**ADQ:** Recorrí las escuelas públicas de Río Piedras, pero me gradué finalmente del Colegio San Antonio de esa ciudad. Pero mi salto a la Universidad fue muy grande. Ahora pienso que no estaba preparado. A pesar de que viví en Río Piedras; toda la vida, yo nunca había entrado al campus porque era un mundo aparte.

Tuve mucha suerte, caí en un grupo que llamaban 'de honor', con estudiantes muy brillantes de las escuelas de todo el País. Los hijos de la élite entonces estudiaban en Puerto Rico. Después estuve en clases con las hijas de Sánchez Vilella, con una de las hijas de Muñoz Marín, y de Jaime Benítez. Más tarde conocí a gente como Luis Rafael Sánchez. Mi hermana se interesó muchísimo en el teatro y participó en una de las obritas que hizo Luis Rafael. Recuerdo aquel momento

con mucha alegría; creo que los primeros años en la universidad son decisivos.

Pero descubrí también aspectos menos recomendables, como el lugar tan dominante que ocupaban las sororidades y las fraternidades, que recibían un trato respetuoso por parte de la institución. Y, como todos, cumplí con la obligación de ponerme el uniforme militar del ROTC,<sup>4</sup> acatando el control ejercido por las fuerzas armadas norteamericanas. La propaganda era vergonzosa: la Guerra Fría en estado puro.

**“Leí mucha poesía, con ese placer especial que trae la recomendación que te hace un amigo; son las mejores lecturas”.**

CDH: ¿Recuerdas el primer impacto intelectual de la Universidad?

ADQ: Fue la lectura; la lectura solitaria. Aunque yo leía un poco por mi cuenta, descubrí lo que era una biblioteca en una sociedad en que brillaban, y brillan, por su ausencia. Conseguí un trabajito, precisamente en la Biblioteca General, y empecé a leer vorazmente, no solamente en los cursos sino mientras trabajaba allí.

CDH: ¿Cuáles fueron tus lecturas de entonces?

ADQ: Leí mucha poesía, con ese placer especial que trae la recomendación que te hace un amigo; son las mejores lecturas. Leí entonces poetas que han sido fundamentales para mí, como Luis Cernuda, Julia de Burgos, Pedro Salinas, Whitman, T. S. Eliot, Vallejo; la narrativa y los ensayos de René Marqués, Sartre y Camus, así como *Portrait of the Artist as a Young Man*, Joyce, que leí por primera vez en una clase memorable que enseñaba Robert Lewis. De aquellos años todavía conservo ediciones de Borges y

la edición Emecé de Kafka. Creo que leí y releí a Palés Matos con más intensidad que a ningún otro. Su visión trágica me tocaba profundamente. Al mismo tiempo, su sátira era liberadora y en sus brumosos mapas aprendí que formábamos parte de un archipiélago lleno de cálidas bahías, pero también de crueldades.

**CDH:** ¿Qué profesores te impresionaron?

**ADQ:** Hay maestros que dejan una huella muy grande. En mi primer año tuve una experiencia extraordinaria. Una de las conferenciantes era Margot Arce.<sup>5</sup> Me acuerdo de ese día, que tiene que haber sido en el año 58 porque yo entré en el 57. Ella dictó una conferencia sobre Gabriela Mistral que consistió en la lectura de un poema. Todavía lo recuerdo: 'El árbol invernal se estampa sobre el cielo azul, como el perfil de Erasmo de Rotterdam...'. Fue una revelación, yo no sabía que se podía leer así. Esa conferencia cambió muchas cosas porque me empecé a interesar por la Facultad de Humanidades. Antes de eso no sabía qué iba a estudiar. Luego tuve mucha relación con Margot Arce: fui su discípulo, la quise mucho y creo que ella a mí. Fue una de las personas más extraordinarias que he conocido y una de las mejores ensayistas que ha tenido nuestra modesta literatura. Tomé muchos cursos con ella; cursos de Cervantes, de Garcilaso de la Vega. Me marcó para siempre. Tenía una gran tolerancia porque yo después tuve ideas muy distintas a las suyas y siempre fue muy comprensiva. Recuerdo, por ejemplo, mi primer trabajo de investigación y crítica, cuando volví ya como profesor. Era sobre Llorens Torres: yo hablaba allí de los conflictos sociales y otros temas que no pertenecían al lenguaje crítico que ella empleaba. Pero me estimuló con la misma generosidad. ¡Qué mujer maravillosa! La otra persona a la que escuché y que me deslumbró durante mi segundo o tercer año –aunque no llegué a conocerla hasta después– fue Nilita Vientós.

**CDH:** ¿La conociste en la Universidad?

**ADQ:** En la biblioteca, donde ofreció una conferencia, porque ella –felizmente– no era académica. Me preguntaba quién sería esa mujer con sombrero, bajita, elegantísima, que parecía llegada de otro planeta y que estaba leyendo una conferencia preciosa sobre Albert Camus, a quien yo nunca había leído. Salí corriendo a comprar el libro.

**CDH:** ¿Qué otros maestros recuerdas especialmente?

**ADQ:** Hay otros dos maestros que deseo recordar de aquel momento. Uno es poco conocido pero fue importante para mí, un verdadero maestro: Jorge Luis Porras Cruz, del Departamento de Estudios Hispánicos. Se interesó por mí, creo

que eso también es importante. Con él leí por primera vez a Pedreira. Fue, además, mi primer maestro de la historia de la lengua española. El otro maestro decisivo fue Ludwig Shajowicz. En mi segundo año tuve la suerte de caer en su curso de Filosofía. Nunca tuve intimidad con él, pero la clase era una maravilla: fue mi iniciación en la filosofía —y sobre todo en la lectura de Nietzsche. Con él leíamos a *Zaratustra*, *la Genealogía de la moral* y los diálogos platónicos. Fue descubrir todo un territorio que también para mí ha sido importantísimo: la filosofía. Shajowicz era un hombre provocador en aquel mundo bastante controlado del Río Piedras de finales de los años cincuenta donde no había mucho espíritu crítico y sí había muchos intelectuales burocratizados por el Partido Popular, ideólogos del poder. No quiero idealizar aquella época porque vi cosas espantosas: silenciaban a los independentistas. Nilita Vientós, por ejemplo, no tenía puesto; César Andreu no podía hablar en la Universidad porque era independentista y comunista. Sin embargo, los ideólogos del Partido Popular hablaban allí todos los días. El Consejo de Estudiantes estuvo prohibido desde el 48 hasta avanzados los 60, casi veinte años. La universidad de un país que se consideraba democrático había prohibido el Consejo de Estudiantes. Todo eso fue bajo el rectorado de Jaime Benítez.

**“Nunca he sido más pobre ni más rico que en esos cuatro años en España. Vivía con una beca miserable, pero qué experiencia tan intensa...”**

CDH: En esa Universidad se encontraban también los exiliados españoles.

ADQ: Sí, y fue importantísimo. En palabras de mi generación, eran los ‘republicanos’, lo cual no dejaba de ser

irónico en un país en que la palabra 'república' ponía a temblar a mucha gente. Me gustaban mucho las conferencias de José Gaos, las clases de Samuel Gili Gaya o las de ese gran maestro de Historia del Arte, Sebastián González García; y las de música de María Rodrigo, así como las de los más jóvenes del exilio republicano, Jorge Enjuto y Aurora de Albornoz, quienes fueron amigos muy queridos. Por eso suelo decir que yo también soy hijo del exilio republicano.

**CDH:** ¿Hiciste aquí tu maestría?

**ADQ:** Sí, porque continué inmediatamente. Luego fui a doctorarme a España y me quedé allí unos cuatro años en total, casi hasta finales de los sesenta. Madrid es una de las ciudades que conozco íntimamente: allí nació nuestro hijo Alfonso, quien después llegó a conocer bien el mundo español. Nunca he sido más pobre ni más rico que en esos cuatro años en España. Vivía con una beca miserable, pero qué experiencia tan intensa desde todo punto de vista, y qué formas ingeniosas y valientes de resistencia a la dictadura, que estaba en sus últimos años. Cuando volví a Puerto Rico y me encontré de nuevo con los discursos hispanófilos –tan falsos– me di cuenta de que no solamente tienen muy poco que ver con Puerto Rico, tienen muy poco que ver con España, o por lo menos con la España que yo amo y que me ha marcado.

Quisiera destacar, de esa etapa, a dos o tres personas, porque estuve en sus clases y fueron importantes para mí. Una de ellas fue Rafael Lapesa, con quien hice mi tesis, un estudioso muy notable y un hombre generoso, y Dámaso Alonso. Otros fueron José Luis Aranguren, el filósofo, y Enrique Tierno Galván, todos ya en oposición abierta al régimen, pero con muchas tensiones. Literariamente, lo que sí me abrió perspectivas nuevas y perdurables fue un curso que seguí entonces con Jean-Pierre Richard sobre la novela francesa, sobre todo Proust, y que me puso a leer a Michel Butor, Georges Poulet y a Roland Barthes. Fui un lector asiduo de Butor. En esa España franquista había una gran actividad intelectual, pero era *underground*, sobre todo por los libros que circulaban clandestinamente entre los jóvenes.

**CDH:** ¿No tuviste la experiencia de formar comunidad especial con los hispanoamericanos ante los españoles?

**ADQ:** En realidad empecé a sentirme caribeño precisamente en España. Aprendí a valorar esa diferencia, a pesar del amor que siento por España o quizás por ello mismo. Creo que me deshispanicé para siempre. Son diferencias que no se pueden

y no se deben borrar. Es algo que entendieron muy bien Betances, Fanon, Palés Matos y Said, y todos han sido importantes para mí. Por cierto, que leí por primera vez a Fanon en Madrid. Con España hay diferencias culturales muy grandes en la música, en el uso de la lengua, en ciertos valores y sobre todo en la cuestión étnica del mestizaje racial. Pero creo que para un puertorriqueño es muy importante la experiencia de España porque uno aprende a amarla, a conocerla en toda su diversidad y en toda su heterogeneidad. Nosotros tendemos a esencializar el país, pero cuando se vive allí se ven las diferencias entre catalanes, andaluces, castellanos... esas voces tan distintas, ese uso tan distinto de la lengua, y el intenso bilingüismo.

Para mí fue importantísimo, además, ver el fascismo en acción, tan cruel aún en sus últimos años. Me enseñó mucho. Tomo muy en serio las dictaduras y los regímenes militares, como el fascismo y el culto a la muerte que domina ahora en el gobierno de Estados Unidos bajo Bush, donde ha llegado a legitimarse la tortura. Cuando regresé a Puerto Rico ya me había afiliado a una tradición independentista. No vengo de una familia independentista; me afilié cuando era estudiante de la Universidad, pero nunca había militado en un partido. Pienso que gracias a la experiencia española me afilié a lo que se podría llamar una cultura de izquierda, donde he conocido a gente extraordinaria.

**“Estaba empezando a escribir. Que ese trabajo se publicara en el primer número de *Sin Nombre* fue para mí un reconocimiento grandísimo”.**

CDH: ¿Viniste a trabajar a la Universidad cuando regresaste?

ADQ: Regresé a Puerto Rico en el año académico del 69-70, tras haber pasado cuatro años en España y después de

dos años en Estados Unidos, en la Universidad de Washington en Seattle, ciudad que recuerdo con mucho cariño. Regresé como profesor a una universidad ya muy desgarrada por todos los conflictos del país y la Guerra de Vietnam. Yo tenía entonces treinta años. El azar juega un papel importante. Hice entonces algunas de mis amistades más importantes hasta el día de hoy, como las de Ángel Quintero Rivera y la de Gervasio García, a quienes debo lo poco que sé de la historia y la historiografía de Puerto Rico, Cuba y del Caribe.

Empezó entonces otra etapa formativa. En ésta hubo dos figuras importantísimas para mí: Ángel Rama y José Luis González. Las conversaciones con Ángel y con José Luis constituyeron parte de esa nueva educación. Llegué a tener bastante intimidad con Rama, me marcó mucho. Empecé a leer a Walter Benjamin en el año setenta por indicación suya, de la misma manera que empecé a leer a Gramsci por sugerencia de José Luis González. Los considero maestros en muchos sentidos. También recuerdo de esos años a César Andreu Iglesias, y mi amistad con Antonio Martorell y Marcia Rivera. Vivíamos al principio en el campo de Guaynabo, donde tuvimos la gran alegría de la llegada de nuestra hija Alicia. Después nos mudamos a Río Piedras, a Santa Rita.

**CDH:** A tu regreso, ¿cómo te insertaste dentro de la vida cultural del País?

**ADQ:** Pues yo no frecuentaba los círculos culturales, no era de ir al Ateneo ni al Instituto de Cultura; eran lugares ajenos para mí. Pero alguien me invitó a ofrecer una conferencia en el Ateneo –no sé si fue Aurora de Albornoz, que estaba allí entonces– y yo fui. Leí un trabajo sobre Palés Matos: el que publiqué luego en el libro *El almuerzo en la hierba*. Esa misma noche Nilita Vientós me pidió el trabajo para su nueva revista, *Sin Nombre*.<sup>6</sup> Fue muy generosa y demostró también su gran capacidad crítica porque nunca me preguntó de dónde venía y quién era, ni nada. Poco después me llamó un día y me dijo: ‘Quiero que vengas a formar parte de la revista’ y me nombró a la junta. La aprecié mucho; yo no venía de una familia prominente, no venía de nada, era un profesor recién llegado a Puerto Rico que tenía amigos, y eso era todo. Estaba empezando a escribir. Que ese trabajo se publicara en el primer número de *Sin Nombre* fue para mí un reconocimiento grandísimo.

**CDH:** La revista tenía un inmenso prestigio, precisamente porque era independiente de toda influencia oficial.

ADQ: Así es. Durante esos años del setenta al ochenta, hasta que me fui para Princeton, tú mira dónde publicaba: en *Sin Nombre*. ¡Qué privilegio!, ¿no? Era un campo intelectual amplio: estaba *Claridad*,<sup>7</sup> que hacía sus cosas, algunas muy buenas; estaba Nilita Vientós con *Sin Nombre*; se publicaba *La Escalera*<sup>8</sup> en la Universidad y después *Zona carga y descarga*.<sup>9</sup> Luego tuvimos la suerte de la visita de José Luis González, que estimuló la fundación de Ediciones Huracán. Eso fue en el 76. Ya hace más de veinticinco años de la *Conversación con Jose Luis González*, que salió el mismo año de *La guaracha del Macho Camacho*. Fue el primer libro de Huracán; algo muy bonito e importante. Creo que tuvo muchos lectores, y estimuló la discusión en torno a la historia intelectual y literaria del País.

**“...me parece importante que la vida intelectual no tenga que ser exclusivamente académica”.**

CDH: Ese libro hizo que muchos de nosotros descubriéramos a José Luis González.

ADQ: También para mí fue importante porque se airearon muchos problemas. Supe que se podía ser independentista y a la vez ser crítico del independentismo. Para José Luis González fue una segunda vida porque encontró otro contexto y nuevos lectores. Estaba feliz: le encantaba la polémica y la discusión del albuzismo y del socialismo puertorriqueños. Demostró que se podía ser intelectual independentista, y socialista y crítico a la misma vez; que no había que ser ‘procubano’ en todo, que no había que callarse. Pero ese libro tiene historia. Me eché encima muchos enemigos porque José Luis se volvió a México y yo me quedé aquí aguantando todos los dardos. Hubo gente que me retiró el saludo, algunos



independentistas. El campo intelectual es un campo de batalla y de muchas mequindades.

CDH: Lo interesante del campo intelectual de entonces es que no era exclusivamente académico, había otras opciones.

ADQ: En efecto. En esos años el campo cultural puertorriqueño tenía espacios diversos. Nunca colaboré con *Claridad* en esos años; fue después que vine a colaborar, en los años ochenta. Ellos tenían sus intelectuales; no me invitaron nunca. Donde sí me hubiera gustado colaborar –me hubiera gustado que me publicaran– era en la Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Pero Salvador Tió, entonces Director, me dijo un día: ‘Ni a ti ni a tus amigos te vamos a publicar’. Le contesté que no le había propuesto ningún libro, lo cual era cierto. Era puro macartismo,<sup>10</sup> un clima dominado por la Guerra Fría. Hoy ocurre otra cosa, igualmente preocupante. Lo que se percibe en los últimos años en Puerto Rico es la transformación de la vida cultural en un gran *show* mediático dominado por la publicidad y por fiestas galantes... Hice trabajos académicos; empezaba a publicar. Eso te institucionaliza. Pero me parece importante que la vida intelectual no tenga que ser exclusivamente académica. Diría yo que a veces son hasta incompatibles, porque hay que admitir que las universidades terminan en ocasiones burocratizando a sus intelectuales. Admiré enormemente a dos grandes intelectuales puertorriqueños no académicos: a Nilita Vientós, quien se ganaba la vida como abogada en el Departamento de Justicia y de noche hacía la revista en la sala de su casa, mientras a la vez publicaba las columnas de *Índice Cultural*, que son una joya del periodismo cultural puertorriqueño; y a César Andreu Iglesias. Él fue un intelectual de partidos, de sindicatos, inteligentísimo, culto, que pagó un precio alto por ser comunista. Era brillante, tenía un gran compromiso con el País y era de gran honestidad intelectual y política. Admiré cómo cuidaba celosamente su independencia y cómo se había habituado a una marginalidad que puede ser muy recomendable para la vida intelectual.

CDH: ¿Estuviste en contacto con Andreu?

ADQ: Lo conocí un poco a través de José Luis, iba con él a veces a su casa en Villa Palmeras. Para esos años escribía en *Claridad*. Se peleó con el PSP [Partido Socialista Puertorriqueño] y fundó *La Hora*, que duró como dos años. Yo publiqué algo allí. Pero, sobre todo, se metió después en la revista *Avance*. Me pidió que hiciera el suplemento de esa revista, y lo hice, junto a Ani Fernández Seín; eso

duró como año y medio. Fue estupendo, porque entre otras cosas ahí fue que se publicó un capítulo de *La guaracha del Macho Camacho*. Luis Rafael había publicado algún segmento; en *Zona* publicaron otro, pero le envié el nuestro a Rama, que ya estaba en Caracas, y Rama se lo pasó al editor Divinsky. Así fue que se dio a conocer inicialmente esa obra.

**“Era un chorro de aire fresco leer a Luis Rafael Sánchez, a Angelamaría Dávila, a Rosario Ferré, a Pedro Pietri, a Manuel Ramos Otero...”**

**CDH:** ¿Cómo se manifestaba en la Universidad la cultura de izquierdas a la que te habías afiliado?

**ADQ:** Yo venía muy transformado por mi experiencia en el Madrid de finales del franquismo y por la contracultura y el movimiento contra la guerra en Vietnam que viví en Seattle. También fueron años de gran efervescencia en las comunidades puertorriqueñas en Nueva York y Chicago. Cuando regresé, hacia 1970, encontré un debate muy intenso. Se sentía el peso de los 68, de Tlatelolco y sus consecuencias en México, y las consecuencias de la invasión norteamericana a la República Dominicana y, por supuesto, la irradiación del 68 francés. Se discutía a Fanon, a Brecht, a Adorno, a Gramsci, y después a gente como Walter Benjamin y a un gran crítico, Raymond Williams. Había marxismos, así, en plural, y una voluntad de debate en torno a la Revolución Cubana o el gobierno de Allende. La cultura de izquierda era muy heterogénea, con grandes disputas internas como demostró el caso de José Luis González. La Universidad misma estaba en cuestión, su

sentido, su proyecto. En esa época pasó por Puerto Rico Ángel Rama y vino el poeta Ernesto Cardenal. Antonio Martorell fundó el taller Alacrán, se estableció la revista *La Escalera*, otros se nucleaban en torno a *Claridad*, estaban La Tea y La Tahona, que eran lugares de reunión. Había buenas librerías –la Hispanoamericana y La Tertulia– y circulaba una nueva literatura latinoamericana: Cortázar, Puig, Roa Bastos, Parra, Rulfo. El lenguaje y las visiones más radicales se encontraban en una nueva literatura, y en la pintura y la gráfica: José Rosa y Myrna Báez, Consuelo Gotay, además de Martorell. A todos los veía con frecuencia. Era un chorro de aire fresco leer a Luis Rafael Sánchez, a Angelamaría Dávila, a Rosario Ferré, a Pedro Pietri, a Manuel Ramos Otero y a otros. Había un nuevo teatro. Con Alma me fui iniciando en los misteriosos mimodramas de los miembros del Taller de Histriones, bajo la dirección de Gilda Navarra. A menudo ensayaban en la escuela que Alma tenía en nuestra casa en Santa Rita.

CDH: ¿Te afiliaste a algún partido político?

ADQ: No, aunque tenía buenos amigos que sí eran militantes. Como se dice en Puerto Rico, yo era ‘realengo’, todavía lo soy. Pero lo importante, pienso, eran los valores compartidos. La cultura de izquierdas no puede ser reducida a una cuestión de partidos. Lo comentó Derrida en una ocasión: la izquierda es una gran tradición en la que lo esencial es la voluntad de recomenzar, de cruzar fronteras, de asumir ciertos compromisos: con la educación pública, por ejemplo, o con una comprensión más libre de la sexualidad.

CDH: ¿Qué vigencia tiene hoy día esa cultura de izquierdas a la luz de la desaparición del bloque soviético?

ADQ: Cuando hablo de una cultura de izquierdas me refiero, como dije, a aquello que Derrida y otros ven como una visión de mundo. Esa cultura es muy rica aunque hayan colapsado algunos de sus referentes más importantes. Pero la izquierda no era para mí la Unión Soviética; al contrario, muchos de nosotros estábamos desde entonces en contra de la Unión Soviética. Cuba era atractiva porque parecía que no iba a ser la Unión Soviética. Yo creo que la experiencia de España y la de Puerto Rico me permitieron ver con espíritu crítico las tendencias autoritarias en el interior de la propia izquierda. En segundo lugar, la experiencia española me enseñó que uno no juega con el término ‘revolución’ sin pensar en las consecuencias posibles. Yo veía con mucho escepticismo cuando aquí algunos grupos decían

'socialismo ahora mismo' y cosas así porque me parecía que no se podía llevar a cabo ese proyecto sin una gran dosis de violencia.

**"En sus primeros diez años, la revista *Casa de las Américas* abrió zonas enteras de pensamiento; a muchos de nosotros nos conectó con Latinoamérica".**

CDH: ¿Qué importancia tenía, para las izquierdas puertorriqueñas, la situación cubana del momento?

ADQ: Pienso que la influencia de la Revolución Cubana en Puerto Rico ha sido muy contradictoria. Implicaba instalarse en el mundo de otra manera y replantearse la cultura nacional; replantearse cuestiones fundamentales sobre la colonia y otras circunstancias de nuestra vida colectiva y la presencia en el mundo. Marcó la vida política, los debates culturales puertorriqueños. Los enriqueció por una parte y por la otra no permitió una autonomía significativa.

Propuso también un canon muy enriquecedor de escritores, de artistas, de músicos, que no conocíamos en Puerto Rico, sobre todo –pero no exclusivamente– latinoamericano. En ese sentido fue renovadora. En sus primeros diez años, la revista *Casa de las Américas* abrió zonas enteras de pensamiento; a muchos de nosotros nos conectó con Latinoamérica. Difundió la creación artística: descubrimos a escritores cubanos de varias generaciones, descubrimos a Silvio Rodríguez y a otros. Pero veo otro lado que me parece más negativo. Esa primera 'cubanización' tenía un aspecto excesivamente mimético del gobierno cubano, de sus consignas, de su política, hasta de su tono autoritario. Aquí hubo secto-

res políticos de izquierda que sencillamente se dejaron dominar por la política cubana. Puerto Rico era como una sucursal, con un discurso político y expresiones, frases que eran consignas. Algunos llegaron a olvidarse de que Puerto Rico no era Cuba, y llegaron a aceptar una especie de hegemonía cubana, que me parece que fue terrible para la izquierda puertorriqueña, que no tenía nada que ver con los campos de concentración para los homosexuales en Cuba y nada que ver con la Unión Soviética, y nada que ver con ningún tipo de censura. Sin embargo, repetían consignas cubanas. Era muy difícil abrir una discusión seria sobre las muchas contradicciones de las prácticas del gobierno cubano en las páginas de *Claridad*, como lo fue la persecución de los homosexuales y de los disidentes políticos.

CDH: ¿Y qué papel cumplió el exilio cubano aquí?

ADQ: Habría mucho que decir sobre ese tema. En el primer exilio cubano había sectores diversos. Curiosamente, muchos cubanos veían a Puerto Rico como un modelo muy aceptable antes de que Miami se convirtiera en el verdadero centro político. Lo cierto es, sin embargo, que llegaron a tener una influencia enorme sobre la política puertorriqueña, reforzando los valores de la Guerra Fría: un anti-comunismo militante, una veneración hacia todo lo norteamericano, una posición acrítica. Yo creo que eso se podría llamar –simplificando quizás– la doble cubanización. Son procesos paralelos que no pueden ser desconocidos. La intervención del exilio cubano fue violenta en la vida política puertorriqueña y lamentable en un sentido, porque polarizó innecesariamente la vida del País. Pero, como nos ha recordado Rafael Rojas, en el exilio en Puerto Rico estaba también un intelectual de la talla de Jorge Mañach, y luego todo un grupo de jóvenes cubanos más independientes.

CDH: Te diriges, en parte, a esa situación en algunos ensayos de *El arte de bregar*.

ADQ: En los ensayos de ese libro –no sólo en el que le da título– sino también en los ensayos sobre Martí, Albizu, Pedreira, me interesó repensar algunos de los lugares centrales de esa cultura de izquierdas en la cual yo me formé, y también quise iniciar una crítica de esa cultura a la cual no renuncié, porque es una cultura que me formó y en cuyos valores creo. Pero una de las críticas que habría que hacerle es que llegó a dejarse dominar en algunos sectores por la política, por el discurso y hasta por el tono cubanos.

CDH: Tu formulación de la brega es muy gráfica. Es una palabra que conocemos todos los puertorriqueños.

ADQ: Hay una diferencia entre 'jaibería' y 'brega', pero hay puntos de contacto. Es un terreno semántico complejo. Ser 'jaiba' tiene mucho más que ver con la picaresca. Ambas palabras son variantes puertorriqueñas de una experiencia de poder muy desigual, de engaño, de experiencias coloniales, de relaciones asimétricas. Se busca una manera de sobrevivir. En sus mejores momentos, la brega quiere preservar la dignidad en un campo delimitado por otros, mantener el decoro, que no cuenta para el 'jaiba'. Es un decoro que el ELA tuvo para muchos en un momento dado. Se quería alcanzar cierta dignidad. Pero los malentendidos no desaparecen, y se pasó de la brega a la jaibería; es decir, a la claudicación total en aquella etapa final del Bill Fernós-Murray.

**"La literatura tiene una cualidad paradójica y ambigua. No podemos escribir sin tradición —si no la hay, hay que inventársela— y al mismo tiempo puede ser una losa pesada porque tiende a la fijeza, busca la fijeza, se sacraliza".**

CDH: En Puerto Rico la literatura se ha adelantado a los desarrollos sociales y políticos. Es también un espacio de resistencia.

ADQ: La literatura tiene una cualidad paradójica y ambigua. No podemos escribir sin tradición —si no la hay, hay que inventársela— y al mismo tiempo puede ser una losa pesada porque tiende a la fijeza, busca la fijeza, se sacraliza. Es lo que planteaba Borges en su ensayo "El escritor argentino y la tradición", y Arguedas al hablar del mundo

peruano. Es un dilema real. El dilema del intelectual y el escritor puertorriqueño es muy dramático porque tiene que reafirmar y remitirse a una tradición que, por cierto, es precaria o muy cuestionada.

**CDH:** Nuestra tradición es limitada.

**ADQ:** Bueno, me gusta citar lo que Kafka decía en su Diario: 'La memoria de una nación pequeña no es menor que la memoria de una nación grande'. Extraordinario, ¿no? No es tan grave que una tradición sea limitada, pequeña y precaria porque su fuerza no depende de eso y, en todo caso, es muy relativo. Puede ser limitada y precaria en el sentido de que se siente amenazada y a la vez puede ser muy poderosa. Depende de lo que uno haga con ella. Pero conceptualmente yo diría que el escritor no puede vivir sin tradición. Porque tan pronto pones la pluma sobre el papel, ya está operando una tradición. Es un modo de intervenir. Pero hay que decir enseguida que las tradiciones modernas son electivas. La tradición puertorriqueña es muy compleja: está continuamente apropiándose de otras cosas. Es difícil, además, fijar la pertenencia a la tradición. Es que la tradición 'nacional' se reelabora siempre y consiste en lo que otros se han apropiado antes: el caso de Rubén Darío, por ejemplo. Es lo que hace Llorens con modelos españoles, lo que hace Palés con Darío y Machado, René Marqués con el teatro norteamericano. La tradición está continuamente apropiándose de otras cosas. En el caso puertorriqueño, la tradición está atravesada por muchas fracturas: esclavitud, colonia, oralidad rica vs. mundo escrito relativamente tardío, en contraste con otras tradiciones americanas.

- <sup>1</sup> José Luis González (1926-1997) fue un pensador, ensayista y narrador puertorriqueño que pasó gran parte de su vida en el extranjero –sobre todo en Checoslovaquia y en México, donde fue profesor universitario– y estuvo identificado con la causa socialista. Fue profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Autor de libros de análisis de la realidad puertorriqueña tan influyentes como *El país de cuatro pisos y otros ensayos* (1980).
- <sup>2</sup> Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota* (San Juan: Ediciones Huracán, 1993), p. 146.
- <sup>3</sup> Arcadio Díaz Quiñones está casado con Alma Concepción, hija de Gilberto Concepción de Gracia (1909-1968), primer presidente del Partido Independentista Puertorriqueño, fundado en 1948. Tienen dos hijos.
- <sup>4</sup> ROTC son la siglas en inglés para el Reserve Officers Training Corps, un organismo militar de los EE.UU. mediante el cual se les ofrece entrenamiento a los estudiantes universitarios con miras a capacitarlos para ocupar rangos superiores en las Fuerzas Armadas después de su graduación.
- <sup>5</sup> Margot Arce de Vázquez (1904-1990) escritora, ensayista, estudiosa de la literatura española y la puertorriqueña.
- <sup>6</sup> *Sin Nombre* fue la revista que Nilita Vientós Gastón fundó después de que la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico la retirara de la dirección de *Asomante*, una de las revistas culturales y literarias más importantes y longevas de Latinoamérica, que vivió –con ese nombre– de 1945 a 1970. *Sin Nombre* llegó hasta el año 1984.
- <sup>7</sup> *Claridad* es un periódico semanal, fundado en 1959 como boletín interno del entonces recién creado Movimiento Pro Independencia de Puerto Rico.
- <sup>8</sup> *La Escalera*, editada por un grupo de jóvenes intelectuales académicos, entre ellos los profesores Gervasio L. García y George Fromm, se publicó de 1966 a 1973.
- <sup>9</sup> *Zona carga y descarga* fue una revista de corte mayormente literario publicada entre los años 1970 y 1973 por Rosario Ferré (ver entrevista en este libro) y su prima la escritora Olga Nolla (1938-2001).
- <sup>10</sup> Macartismo fue un movimiento que tomó lugar en EE.UU. después de la II Guerra Mundial y que tuvo como efecto la persecución de los comunistas y de todos aquéllos de quienes se sospechaba que podían tener vinculaciones con ellos. Toma su nombre del senador norteamericano Joseph McCarthy.